



TOMAS RAMON FERNANDEZ:

«Han pretendido instrumentalizar a los centros asociados»

TRIUNFO.—La Universidad a Distancia es algo así como la institución ideal con la que sueña cualquier poder. Una Universidad donde la diseminación de los alumnos, convertidos en meros receptores sin capacidad de respuesta, y aun de los propios profesores, elimina cualquier posibilidad de debate político, de fermento crítico. Una Universidad, en suma, totalmente tecnocratizada y al servicio del sistema.

TOMAS RAMON FERNANDEZ.—Conviene aclarar que la Universidad a Distancia no quiere ser una alternativa a la Universidad tradicional. Como es sabido, a partir de los años sesenta se suscitó en nuestro país una gran demanda de enseñanza a todos los niveles, pero particularmente en el superior. Había que atender esa demanda, cosa que no podía hacer, por mucho que se reformara, la Universidad tradicional. De ahí que se recurriese a este instrumento, que funciona por lo demás en otros países, y en el que no hay que ver más que un complemento de la Universidad tradicional.

T.—Se ha reprochado muchas veces a nuestra Universidad su falta de creatividad, su penuria investigadora. ¿No será, entre otras razones, porque hasta hoy ha habido que emplear en la lucha contra

unas estructuras y un modelo de funcionamiento que no tienen apenas nada de democráticos buena parte de unas energías que, en otras circunstancias, habrían podido canalizarse hacia la investigación creadora?

T. R. F.—Hay otras instituciones que pueden estar muertas, pero no la Universidad. Podrá ser una Universidad de tercera o de segunda división, porque su deterioro ha sido grande en la lucha contra la represión y la dictadura. Podrá mostrar una cierta confusión de cara a un futuro más o menos incierto, pero está entre lo más vivo que tenemos.

T.—¿Cómo se manifiesta esa vida en la UNED?

T. R. F.—La Universidad a Distancia tiene una estructura peculiar, una especie de "longa manus", que son los centros asociados, repartidos más o menos racionalmente por el territorio. Estos centros, promovidos por instituciones que no son la Universidad ni el Estado, sino personas jurídicas distintas, asociadas a la Universidad mediante un convenio, son instituciones de acogida, orientación y ayuda al estudiante. Establecimientos destinados a reducir la distancia original entre la sede central de la UNED y el alumno. Esos centros asociados son los que aglutinan a

los estudiantes y allí es donde puede producirse ese debate por el que usted pregunta. En la sede central no cabe hacer otra cosa que dirigir toda una compleja maquinaria, de la que son complemento necesario los centros asociados.

T.—¿Hasta qué punto hay actualmente participación democrática en esas instituciones que parecen jugar el papel de mediadores?

T. R. F.—Los centros son muy desiguales entre sí, sin que quepa hablar de un modelo común. Ello se debe fundamentalmente a que la UNED, que fue una idea feliz, nació, no obstante, sin el debido apoyo del Ministerio de Educación. Y se confió a la gestión inicial del primer rector y a las iniciativas surgidas en la sociedad el ir creando esa infraestructura territorial. Como no hubo ningún tipo de planificación, se fueron acogiendo iniciativas según se producían y sin poder plantear demasiadas exigencias. Ahora, al cabo de cinco años, nos encontramos con una realidad muy dispar, con una estructura que habrá que racionalizar y homogeneizar.

T.—¿Se va a proceder de arriba abajo, según lo acostumbrado, o se va a institucionalizar de algún modo la participación de alumnos y profesores en los centros?

T. R. F.—El tema de los centros es muy espinoso. En toda esta crisis, que se inició la primavera pasada, cuando comenzaron a soplar vientos democráticos y se apuntó la posibilidad de un relevo en el rectorado, y que todavía no se ha resuelto, porque, aunque se celebraron las elecciones, no se ha producido el nombramiento oficial, ni ha podido iniciarse siquiera esa nueva etapa; en toda esta crisis, repito, ha habido quienes han pretendido instrumentalizar a los centros asociados en beneficio propio, y lo han hecho de alguna manera abriendo un frente de lucha en los mismos bajo el pretexto demagógico de que éstos quedarían marginados de las elecciones. La primera tarea con que nos vamos a encontrar será la de pacificar y cerrar ese frente. Habrá que aclarar todos los equívocos que han surgido en esta etapa, y luego pensar todos juntos cuál puede y debe ser la organización definitiva de la UNED, lo que se traducirá en la redacción de unos estatutos.

T.—Usted aludió antes a una cierta irracionalidad en la distribución territorial de los centros asociados. ¿La consolidación del proceso autonómico, contribuirá acaso a racionalizar esa red?

T. R. F.—Creo que no. Bien entendido que esa nueva articulación interna del Estado que suponen las autonomías es una operación de auténtica envergadura histórica, como lo fue en su día la invención del Estado unitario. Y esa nueva articulación no puede dejar de influir

en todas las instituciones públicas. Sin embargo, aun con autonomías, la UNED, que es una Universidad a nivel estatal, seguirá teniendo todo su sentido. Entre otras cosas porque sería absurdo, en el plano práctico, en el económico, montar tantas Universidades a Distancia como regiones autónomas existen en el país.

T.—¿Hasta qué punto existe hoy participación democrática de los profesores, en sus distintos niveles, en la gestión y en el funcionamiento general de la UNED?

T. R. F.—Antes de nada, habría que referirse a la composición del profesorado, porque esto lo condiciona todo. La plantilla de profesores es mínima. Hay muy pocas plazas dotadas —sólo cuatro cátedras— a pesar de que se enseñan diez carreras. Existen, por otro lado, sesenta adjuntías y algo así como dos o tres plazas de agregados. De los treinta y tantos catedráticos que prestan servicios en la UNED como directores de distintos departamentos, más de veinte lo son de otras Universidades de Madrid, y trabajan aquí en régimen de "compatibilidad". Esto quiere decir que prestan en la UNED un servicio marginal, porque la ocupación principal la tienen en otra parte. El resto de profesores —más de doscientos no numerarios— están contratados por la UNED.

—Ahora bien, lo más grave es que no tengamos un edificio propio donde puedan trabajar los profesores y donde pueda instalarse una biblioteca. Es cierto que existe absentismo —lo que se comprende también por el hecho de que muchos profesores, empezando por los cabezas de los departamentos, sean "marginales"—, pero es que no existe posibilidad de materializar ninguna exigencia, puesto que no existe siquiera ese espacio físico.

T.—¿Qué posibilidades tendrán en el futuro los alumnos de influir en el gobierno de la UNED?

T. R. F.—La participación de los alumnos ha de institucionalizarse en dos niveles. El primer nivel es el de los centros asociados, donde tiene que existir una participación más directa e intensa del alumno, pues allí convive como universitario. Esa es, pues, la primera estructura a democratizar, y donde habrán de ser elegidos los cargos directivos, cosa que no ocurre ahora, como se ha elegido a un rector en la sede central de la UNED. El segundo nivel, aunque aquí la participación haya de ser necesariamente indirecta, por parte de los alumnos dependientes de los centros asociados, es el de la propia sede central de la UNED, donde habrá que consolidar el proceso democrático iniciado. ■ J. R.